

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 8 DE OCTUBRE DE 1922

NUM. 19.870

## UN REGENERADO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE  
CRISTOBAL DE CASTRO



Galanterías

La taquillera devoraba un novelón. Retemblaba el suelo al pasar los trenes. Bajaban y subían los viajeros del Metro.

- Dos Sol.
- Un Cuatro Caminos.
- Tres Atocha.

Suspendía, lánguida, la lectura, sin soltar el libro. Debía al manubrio de la maquinilla, que fallaba, infaliblemente, obligándola a sacar los billetes con los dedos. Cobraba. Luego, volvía a leer, abstraída, pellizcándose el labio inferior.

Ella lo sabía muy bien. Detrás de un mostrador, en la taquilla, en la ventana, aún daba el golpe. ¡Ya lo creo! Con tal de no andar, de no levantarse, de permanecer sentada, erguida, seria, arrogante, pechugona, todavía encendía a los estudiantillos y embobaba a los forasteros alegres de ojo.

En el ornato de su persona se esmeraba, singularmente, de cintura para arriba. Cuidaba de entreabrir su gabardina de empleada del Metro, dejando ver la pomposidad del busto. Ponia sus cinco sentidos en el peinado, cuya forma cambiaba cada dos o tres días, tras un examen laborioso de maniqués de escaparate, revistas de modas y modelos vivos de actrices, tiples

Sola, en su solo cabo, podía permitirse ciertos caprichos. Vivía «en familia» con dos ancianas pensionistas, solteronas, horribles, que la miraban como a una Venus. Pagaba «tres cincuenta», y la luz aparte, porque se pasaba las noches leyendo novelones o ensayando, al espejo, nuevos modelos de peinado.

Y todo lo demás, sin asomo de previsión, con prodigalidad de mujer libre, lo empleaba en postizos, horquillas, peinetas, maquinillas de rizar y ondular y cuantos novelones hallaba a mano.

Por su edad, su empaque y sus pequeños pero brillantes lujos, gozaba de la admiración y del afecto unánimes de sus compañeras de estación.



¡Miral... ¡Con ondulaciones corridas! Del otro lado de la vía, mientras picaba el billete a un ordenanza de ministerio, la «Pequeña», con voz ronquilla, exclamó:

—¡Ay, hija! No se priva usted de nada. ¡Hay que ver!

Luego, cuando, a las once, disminuía el tráfico, congregábanse en torno a Pepita, que, sentada ante el mostrador, exhibía, como en un escaparate, su busto espléndido y su peinado suntuoso.

Era una jefatura tácita, a veces ufana, cuando las veía, más modestas, admirar sus sortijas y aretes, envidiar sus



Se mustiaba. Se ajamonaba, irremediablemente. Era una de esas morenas páldas, guapotas, de anchos pómulos y rodete grande, que suelen verse en los aguaduchos, en las horchaterías y en las cantinas de estación. De esas mujeres que, sentadas, parecen altas, arrogantes, de formas duras, y que, en cuanto se ponen en pie, se expanden en gorduras tofas.

y cupletistas cocotescas. Renovaba, a falta de joyas buenas, su colección de aretes de coral, de oro bajo, de diamantes negros, de piedras químicas, de camaféos baratos.

Apenas asomaba, la rodeaban todas las demás.

—¡Buenos días, Pepita! ¡Uy, qué peinado más original!

—¡Hola, Pepita!... ¡Primoroso! ¡Fíjate!

opulencias de matrona; a veces vergonzosa, inquietante, cuando las observaba, jovencillas, lozanas, pimpantes, y, en unos segundos, sin público, poníanse a bailar un «fox». ¡Ay! Ella no podría más, nunca más, intentar aquellos movimientos felinos, elásticos, elegantes, graciosos, llenos de novedad y juventud.

Pero llegaban, alborotadores, risueños, los estudiantes que diariamente iban, al



las once, a San Carlos en prácticas de disección.

—Cuatro Atocha.

—Quita. ¡Déjame! Cuatro Atocha.

—Que me toca a mí. Cuatro Atocha.

Las taquilleras sonreían. Pepita, haciéndose la seria, alargaba los billetes.

—Cuatro Atocha.

Pugnaban todos por pagar. No por pagar, naturalmente, sino por sí, al tomar los billetes, podían acariciarle la mano.

—A mí. Démelos. Pago yo.

—Que no. Pago yo.

—Veeengan. Me toca a mí.

Se empujaban, forcejeaban por acercarse a la taquilla en ostentosa competencia. Las manos, volanderas, perseguíanse. Pepita, harta de alargar los billetes, dejábalos sobre la mesa. Pero entonces ¡no los cogía nadie! Requeríanse unos a otros, gritando:

—Tú, García. ¡Sacúdete... Cuatro Atocha.

—¿Yo? Le toca a Godínez. Godínez, no te hagas el Godínez. ¡Tributa!

Por fin, un mozo flaco, desgarrado, con lentes y el sombrero en la coronilla, se acercaba muy fino:

—Señorita. Perdónelos, que no saben lo que se hacen. ¡Cuatro Atocha!

Dejaba una peseta en el mármol de la taquilla. Pepita, al entregarle la vuelta, sentía un suave apretar de manos.

Viendo pagados sus billetes, los escolares aclamaban al compañero:

—¡Viva Rodríguez Rothschild!

—¡Viva!

—¡Vivan los amigos espléndidos!

—¡Vivaaan!

Y galante, destacándose butamente, Rodríguez Rothschild gritaba, sin quitar los ojos de Pepita:

—¡Vivan las taquilleras espléndidas!

—¡Vivan!

Sonrió, pomposa, triunfal, viendo a las jovencitas agrupadas, acurrucadas, esmirriadas, en su sosería de «finolis»...

### Rodríguez Rothschild

Escudriñar en la vida de aquel hombre era algo tan difícil como descubrir las fuentes del Nilo. No se sabía de él sino lo que saltaba a la vista. Vivía en grandes cambaladas. Hoy, tirando el dinero, y mañana, sin dos pesetas. Se decía estudiante y joven, y ni era joven ni estudiante. Unos le tenían por argentino; otros, por cubano; otros, por andaluz. Alguien le filió madrileño, hijo de un prestamista que quebró y se largó al Brasil.

Mas lo positivo era que nadie sabía nada a ciencia cierta. Tal y como se aparecía—largo, escurrido, con sus lentes de cordoncillo y el sombrero atrás—lo aceptaban en las pensiones, en los cafés, hasta en las aulas, adonde entraba algunas veces, oyendo las explicaciones más diversas: hoy, de patología médica; mañana, de derecho administrativo; pasado, de literatura griega.

Porque este hombre tan extraño tenía, entre otras muchas rarezas, la de simular que era estudiante y que estudiaba. ¿Por encubrir, so capa de estudiante, algo preciso de encubrir? ¿Porque, efectivamente, gozaba más conviviendo con escolares que en un aislamiento monótono, de hombre baqueteado, solo en el mundo? ¿Porque, en sus malas épocas de dinero, le era más fácil agenciárselas entre estudiantes que entre hombres endurcidos por la vida? Vaya usted a averiguarlo. Ello es que convivía con estudiantes, compartiendo los mismos hospedajes sordidos, los mismos sastres a plazos, el mismo «turno» de café, las mismas salas de billar, los mismos donjuanismos baratos...

A veces, cuando algún camarada descubría que nuestro hombre ni estudiaba

Cerraba, conteniendo un sollozo. Echábase el sombrero atrás. Pedía otro «tercio».

El camarada, conmovido, sin saber qué decir, repetía de cuando en cuando, en suspiros lentos:

—Vaya, hombre, vaya...

Otras veces, en el estruendo de un billar público, donde la «trinca» le rodeaba, esperando uno de los «dobletes», en que era maestro, él, en chaleco, sin tirilla, dándole tiza al taco, se apartaba a un rincón para cuchichear con hombres mal encarados, sospechosos.

—¡Estos paisanos míos! ¡Qué lata!—murmuraba para justificarse, preparando el «doblete».

Claro está que en tales momentos alguno de sus camaradas comentaba, desconfiado:

del almuerzo, repartiendo abrazos y carunchos.

—Vámonos. Tengo un auto a la puerta. Almorzaremos en la «Bombi»...

—Pero, bueno. ¿Dónde has estado?

—¿Heredaste? ¿Te tocó el gordo? ¿Una novia rica?

—Qué bárbaro... ¡La de billetes! Mostraba la cartera, atestada.

—¡Negocios!

Desde aquel día le llamaron Rodríguez Rothschild. Se instaló en la pensión «a todo meter». Siguió, eso sí, tan desastrado: el mismo terno azul, con manchas; los mismos lentes, con el mismo cordoncillo; el mismo hongo, con bollos, tirado atrás. Pero a la hora del almuerzo tomaba el dos y se iba a un restaurante de copeta. A la hora de cenar, dejaba boquiabierto a la «trinca» redondeando un «menú» estupendo, con ostras, caviar, champañá... Luego, coronaba la fiesta en una sobremesa sentimental, entre buenos cigarros y licores de marcas finas.

—Sois mis amigos, mi familia, todo. Bebed. La vida es una porquería...

Conmovidos, bebían, casi entre lágrimas...

### Marcha nupcial

Pepita se asomó al balcón. En la esquina, de centinela, Rodríguez encendía un puro.

Descendió, guapa, exhuberante, hecha un brazo de mar, cabeceando entre la mantilla, como una jaca preparándose al paseo. Con los brazos en arco, llegó, arreglándose la peineta.

—¡Josús, hijo! Perdona. ¡Está peineta me trae loca.

—Deja y verás—decía él, ofreciendo cómicamente sus manos huesudas.

—¡Gracioso! ¿Has esperado mucho?

—Llevo aquí desde antes de las tres, y

son las cinco... Tú verás.

—¡Embustero! ¿A qué mientes de ese modo? Hace cinco minutos, ¡cinco!, que me asomé al balcón y no estabas.

—¡Claro! Fui al estanco. Pero estoy aquí desde las cuatro. Palabra... Además, que ando de cabeza. El del registro. El sacristán... Luego, el contrato de la casa... ¡Te digo!

—Bueno; a mí chirigotas, no. ¿O me crees tonta perdida?

—Sí, chirigotas. ¡Ya verás qué chirigotas! El domingo, primera amonestación. Y dentro de un mes...

—Dentro de un mes, tú asistiendo a clase en San Carlos y yo de taquillera en el Metro... Como ahora. ¡Igual!

Porfó, echando atrás el sombrero, manoteando, golpeándose el pecho, quitándose y poniéndose los lentes. Era verdad. Lo había pensado mucho, mucho. Estaba decidido del todo.

—¿Hablas en serio?

—Tan en serio...

Llegaron al Retiro por la puerta de Alfonso XII. En la tarde otoñal, magnífica, había una templanza, una suavidad, que



ni quien tal vió, solía interpellarle, asombrado:

—Pero, bueno. ¿Es que tú no estudias nunca?

—Nunca—afirmaba él, rotundo.

—Entonces, ¿para qué eres estudiante?

—So primo, para no estudiar. ¿Soy el único estudiante que no estudia? ¿Estudia Galerón? ¿Estudia García? ¿Estudias tú?

—Hombre. Pero si quiera... voy bastantes días a clase, me matriculo, compro libros... Tú, en cambio, vas a clase por casualidad, el día que te da por ahí. No te has matriculado jamás. No has comprado un texto en la vida...

—¡Claro! Como qué de la vida de estudiante me gusta todo, menos las matriculas, los libros, las clases... Todo lo demás, ¡encantado! La casa de huéspedes; el café, en el turno de Hilario; las escapadas al entresuelo, con su treinta y cuarenta «regional». Menos estudiar, ¡lo que quiero!

—Bueno. ¿Y cómo convences a tus padres?

—No los tengo.

—¡Sí que tienes unos paisanos!... Te advierto que parecen contrabandistas...

El se reía, el book en la mano.

—¡Pobres! No eran «dandys», por supuesto. Pero el hábito no hace al monje. En cambio, eran honrados y trabajadores a carta cabal. Ahora, que pasaban sus crisis, como cada «quisque». Y entonces acudían a él...

Una tarde, la «trinca» decidió por ir al «cine». Rodríguez, capitaneándola, como siempre, tomó las butacas. Penetraron, ya comenzada la película, guiándose, a tientas, por la linterna del acomodador. Cuando, a poco, se hizo la luz, no estaba Rodríguez.

—¿Y ese?

—Habrá ido al bar.

Pasó tiempo. Rodríguez no aparecía. Buscaron. Preguntaron. ¡Nada! Ya no le volvieron a ver.

Recorrieron algunas Comisarias, dando parte. Tomaron, bien de madrugada, a la pensión. Inútil todo. Rodríguez se había evaporado.

Pasada una semana, cuando ya nadie se acordaba de él, se presentó, a la hora



ansanchaban el corazón. Doraba el sol poniente las frondas. Cantaban los mirlos.

—Pues ya que hablas en serio, en serio—dijo la taquillera, reanudando el diálogo—. En primer lugar, no soy una niña...

—¿Y yo?—argüía Rodríguez.  
—Te llevo lo menos diez años...

El rompió a reír, que se retorció.  
—Pero, ¿qué edad crees que tengo? ¡Veintiocho! ¡Mira!

Tiró de cédula.  
—¿Lo ves? Jacinto Rodríguez... soltero... Veintiocho años. ¿Te convences?  
—Oye: ¿Pero qué dice aquí? ¿Industrial?

—Claro. Lo que soy. ¡Industrial! ¡Ah, vamos! Porque paso por estudiante... Pues mira... es... un capricho. ¿Qué te dñé yo? Una manía. Justo, eso: una manía!

Ella se puso seria. Calló. Hizo un mohín ambiguo, arrugando la boca.

Entonces él, llevándola hacia un banco, la sentó. Luego, como quien toma una resolución definitiva, dando un corte en el aire con la mano, dijo:

—Verás...  
Iba a hablarle de corazón. Para él, aquel instante era decisivo en su vida. Se lo diría todo. Lo malo. Lo bueno. ¡Todo! Luego, que ella hiciera lo que quisiese.

Le contó una historia fantástica, sentimental, aventurera, mezcla de folletón y sainete. El se había educado en la opulencia, en el placer, en el derroche. Huérfano, millonario, corrió las cinco partes del mundo, gastando puerilmente fortuna y salud. ¿Para qué atormentarla ni atormentarse evocando un pasado de disipación y locuras? Lo pasado, pasado.

—Imagínate, como yo, que todo ha sido un sueño. Ahora lo importante es el porvenir. ¿Nos queremos? Pues basta. ¿Podemos ser felices en el porvenir? ¿Qué nos importa lo pasado! Del pasado, ni tú ni yo tenemos culpa. Es la vida. Es el sino...

Ella le oía, aturrullada, trastornada, como si leyese un folletón o escuchase un monólogo teatral. Lánguida, confusa, sensible, unía a la emoción cordial las sensaciones del crepúsculo, la doble intimidad del amor y el anochecer. Sintió vagos deseos de protestar, de discutir, de rechazar la copa mágica. Pero el filtro, dulce y sabroso, la anegó en hondas somnolencias.

El, rápido y sagaz, aprovechó el «cuarto de hora», declamando briosamente un «parlamento» de atrición.

—No te lo niego. He sido malo. Más que malo, insensato, loco. Pero, coméndelo, estaba solo. No tenía a nadie en el mundo. ¡Ahora! Ahora quiero ser otro hombre, regenerarme, trabajar. Quiero que tú me cambies, me dignifiques.

—¿Verdad que sí? Dímelos... Dímelos...  
Sintió la mano de ella, blanda, suave, entreabriéndose en una laxitud de caricia.

—Sí me crees... ¡Di que me crees!

Ella, sin fuerzas ya, negaba fatigadamente con la cabeza. Sonaron pasos en la umbría. Un guarda traía a un chico de la oreja.

—Ya te arreglarán en la «Comi», ya... Rodríguez, desasiéndose de su novia, repetía maquinalmente, en voz baja, desmelenado, jadeante, mirando al suelo:

—Dímelos... Dímelos...

#### Zozobras

Abrió con el llavín. Encendió la luz del pasillo. Fué, afanoso, al espejo del perchero. ¡Cómo estaba! ¡Desencajado, mortal!

Súbitamente sintió pasos. ¡Ella!

—¿No te he dicho que no me esperes?

—Es igual. ¡No tenía sueño!

Siguió hasta el despacho, donde él se poltronó en la butaca.

—¿Te traigo aquí la cena?

—He cenado ya. Acuéstate...

Hubo una de esas pausas precursoras de la disputa. Ella anduvo en el estante, remetiéndole libros, observándole de reojo. El, las piernas cruzadas, hacía las bailar con un tic nervioso, en que le chillaban las botas.

—Acuéstate...

Siguió un silencio. En la calle, de barrio «bajo», sonaban la pianola de un bar, cánticos rínicos de borrachos, voces tercas, llamando al sereno.

El, reprimiendo a duras penas su cólera, repitió, enérgico:

—Que te acuestes...

Ella, entonces, no pudo más. Saltó, ofendida, impetuosa, bravia:

—No me acuesto, no me acuesto y no me acuesto. ¿Lo quieres más claro? O me

—No, mujer. Pero ¿qué quieres que te diga? Tengo negocios de mil clases. De carbones, de autos, de construcción, de todo. Y, naturalmente... Estuvimos hasta muy tarde en las oficinas...

—¿De la calle de Atocha?...

—De la calle de Atocha, sí. ¿Por qué?

—Por nada...

Callaron un instante. Inmediatamente reaccionó él, alarmadísimo:

—¿Por nada? ¿Es que se te ha ocurrido ir, espiarme...?

—¿Yo? Dios me libre. Demasiado sabes que no. Desde que nos casamos, yo a lo mío y tú a lo tuyo. ¿Te he preguntado nunca nada de nada? Me dijiste: «Tengo negocios». Bueno. «Hoy he ganado tanto en tal cosa». ¡Mejor! ¿Me he metido jamás en averiguaciones de ninguna clase? Dilo tú.



dices lo que te pasa, o no me acuesto. ¡Se acabó!

Como él, estupefacto, callase, en un silencio de sorpresa y cólera, ella razonó su actitud insólita.

—¡Es claro! Vienes como vienes. Te veo que ni me hablas, ni me miras. Sé, porque te conozco, que tienes un disgusto grande. ¡Y quieres que me acueste y te deje aquí, tragando quinal...!

De bruces en la mesa, daba en ella con los nudillos, reforzando sus argumentos.

—No, hijo. Lo que haya, malo o bueno, para los dos, en partes iguales. ¿No llevamos seis meses tranquilos, abundantes, en la misma gloria? Pues si ahora se tuerce el carro, no vas a levantarlo tú solo. ¿Que te sale un negocio mal? Váyase por los muchos que te salieron bien...

—Perfectamente. Pero... acuéstate...

—¿Es tan grande lo que te ocurre? ¿Es una desgracia?

El se encogía de hombros. Extendía una mano, como si espantase las ideas.

—¡Psé!

Luego, conforme a un plan repentino, se levantó, fué hacia ella, acariciándola.

—Nada. Una discusión con mis socios. Tonterías. No tiene importancia ninguna. Acuéstate...

—Oye, tú: ¿Es que soy tan zoquete que no puedes decirme nada?

—Entonces, ¿a qué viene...?

—Viene a que estás estos días preocupado, nervioso. A que llevas dos noches entrando en casa con llavín, para que no te sienta. A que, al abrir ahora, traías una cara... que, vamos. Yo, hijo, no lo puedo remediar. ¡Qué caramba! Soy tu mujer...

Continuó ablandándose, enterneciéndose, entristeciéndose.

—Ahora, si no quieres decirme, no te pondré un puñal al pecho. ¡Descuida, que no! Si quieres que me acueste y te deje solo, a tus anchas...

La tomó en brazos, conmovido. Quitábale las manos de los ojos, llenos de lágrimas:

—¡Ridícula! ¡Llorar como una niña! ¡Ea! ¿Quieres saber por qué he tenido el disgusto? Porque llevamos unos días de «mala pata». Sí; de muy «mala pata». No habrá ganancias en dos meses. Tendremos que reducir gastos. Quizá, quizá, habrá que mudarse.

—Bueno, ¿y qué? Reducimos gastos. Nos mudamos adonde sea.

La convenció. Debía acostarse. El tenía que quedarse un rato aún. Arreglar unos papeles, revisar algunas facturas. Cuestión de media hora. Acaso de un cuarto de hora.

Pepita, desde el lecho, oyó las dos, las tres. Felina, sigilosa, asomó al despacho.

Su marido permanecía en la butaca, cruzadas las piernas, haciéndolas bailar en un tic nervioso, con chillar de botas. Llevaba cerca de tres horas en la misma postura. Echada la cabeza atrás y la vista fija en el techo, tenía las manos en la nuca, desencajado, torvo, ido.

No la sintió. No la vió, ni aun teniéndola delante. Ella, entonces, enérgica, valerosa, maternal, se le acercó suavemente:

—Pero, hombre. ¡Si está amane-ciendo!...

El, llorando, se refugió en sus brazos...

#### Un regenerado

—Pero, bueno; ¿estás loco? Ayer, los solitarios. Hoy, las pieles. ¡Y qué pieles! ¿Adónde voy yo? Si esto es para una reina.

—Precisamente. Para ti.

—¡Guasón!

Ante el espejo se abrigaba, fingiendo deliciosos escalofríos. Era el regusto de una suntuosidad, la gracia de una tentación.

—¿Sabes lo que parezco? Un maniquí. Bueno, un poco «opulento», un poco «otofiab», como tú dices. Pero, no me cae mal, ¿verdad?

Paseó, mimó, se engalló, recreándose ante la luna del armario. El, las manos en los bolsillos y un puro en la boca, sonreía.

—Estás para comerte, con pieles y todo.

Así llevaban varios días. Rodríguez Rothschild, pródigo por temperamento y por cálculo, aprovechaba las rachas buenas. Era una doctrina industrial, mezcla de previsión e imprevisión, de avaricia y munificencia, por cuya virtud llenó en unas semanas su casa de muebles, lienzos y cacharros lujosos, y compró a su mujer vestidos, joyas y pieles.

—Nada. Que te entró el vértigo—decía ella abriendo estuches y paquetes—. Pues te advierto una cosa: que no compres ni un alfiler más. Pero que ni un alfiler. Vuelves a tus mañas de siempre.

—¿Yo? Pero si estoy regenerado.

Hablaba de su regeneración a todas horas, con cualquier motivo, en el mismo tono romántico, efusivo y locuaz. Al cabo de los años, el naufrago arribaba a la isla, el guerrero avistaba su castillo...

—¡Huy, si yo te contaré!

—¡Qué más quiero yo, tonto! Cuenta...

Sonó el timbre. Sintieron a la criada, que abría. Luego, voces de hombres en el pasillo.

—Dígame que le esperan unos señores. Que es muy urgente.

El salió presuroso. Ella, probándose las pieles, quedó a solas, haciendo monerías ante el espejo.

De repente, oyó cuchicheos, forcejeos, ruido sordo, como de lucha jadeante. Sintió clara, agresiva, esta palabra:

—¡Granuja!

Abriéndose con las pieles, salió, como un rayo, al pasillo. Su marido se debatía entre dos hombres, que le aferraban, repitiendo sordamente:

—¡Quietos! ¡Granuja!

Intentó acercarse. Fué inútil. La separaron cortésmente:

—Perdone usted, señora. Lo lamentamos mucho. Es un «pájaro» de cuidado. Ha habido que amarrarle bien.

El, resoplando aún del esfuerzo, se tapaba el rostro con los brazos. Ella, sin voz por el espanto, los vió salir, rígida, sombría. La criada, temblando, repetía, muerta de miedo:

—¡Ay, señorita! ¡Ay, señorita!

Cristóbal de CASTRO

Dibujos de Agustín.



# LOS POETAS

## MARÍA IGNACIA

### I

María Ignacia: tu blanca puerilidad resume lo único noble y bello de mi vida. Tú eres —con tu albura de lirio y de cisne— el perfume de mis quince años puros de infamias de mujeres.

¡Evocas tantas cosas perdidas...! Las galanas aventuras, las citas de nuestra juventud... Las lunas que alumbraron las rejas provincianas en las noches floridas de inefable inquietud.

A tu recuerdo, vuelven los viejos madrigales, y en el hondo silencio de mis horas actuales, sobre alfombras de ensueño, yo te miro pasar...

Cruzas ante mi vida como una leve sombra, y al escuchar tu voz lejana que me nombra, siento unos infinitos anhelos de llorar...

### II

La ciudad de Castilla. La plazuela desierta donde te vi, la misma noche de mi llegada al pueblo, con mi prima Rosarito, a la puerta de la vieja casona de mis tíos, sentada.

Los oscuros paseos, la grave Colegial, de hosca traza, y en frente, con su pardo color, los muros renegridos del humilde Hospital, bajo cuyas ventanas floreció nuestro amor.

Y las cálidas charlas de las noches del puente, sobre el río dormido—la albura de tu frente reflejada en el agua como una estrella—, y

aquel beso primero—tan íntimo y tan leve— que nos unió un crepúsculo en un abrazo breve, y en que—¡profundamente!—tan mía te sentí.

### III

Todo se fué tan pronto, María Ignacia, que ahora al cerrar el *Glosario* de tu amor, he sentido gemir algo en mi vida. (Mi juventud te llora en este otoño trágico y largo de tu olvido.)

Tú no quisiste nunca creer que te quería; la maldita leyenda de mis años galantes te alejó de mi lado... ¡No quisiste ser mía, y cerraste a mis sueños tus jardines fragantes!

Cuando vuelva a la vieja población, algún día, tal vez te halle casada—¡oh!, terrible ironía— con un rico tendero, provinciano y vulgar...

Ya no serás la misma; ya no seré yo el mismo; los dos evocaremos nuestro romanticismo lejano, un poco tristes de vernos... ¡y pasará!

Ernesto LOPEZ PARRA

## ACUARELAS

### La procesión

Sobre las andas rojas, el Cristo agonizante parece un angustioso resumen de martirios. Lleva en el cielo fija la mirada implorante, y fulgen sus pupilas a la luz de los cirios.

A su paso, una vieja demándale, piadosa, protecciones y ayudas. Crace la fe aldeana, y junto a la plegaria de la vieja llorosa levántase el rotundo clamor de una campana.

Los mozos se destocan a usanza de Castilla al recorrer las calles oscuras de la villa la imagen prodigiosa del Cristo de la Muerte.

Desbórdanse los pechos en santas emociones, y ofrece el cuadro ingenuo con todas sus visiones la clásica dureza de un brillante aguafuerte.

### La casa del hidalgo

La casa del hidalgo tiene escudo y cimera, balcones voladizos y gárgolas airosas, un antiguo retablo con santos de madera y un jardín donde crecen alhelios y rosas.

Sobre la torrecilla que corona el tejado, inclínase, impotente, la cruz de una veleta, con su lanza en la punta y su gallo aplastado, que baila, desdenoso, cuando el viento le inquieta.

Tiene un portón de roble, con guardas repujadas, que llenaron los siglos de injurias despiadadas, y unas rejas que fueron, según la tradición,

testigos de amorosas y trágicas querellas habidas entre nobles galanes y doncellas que empapelara un día la Santa Inquisición.

### Los títeres

El toque destemplado de un clarín estridente, que lanza sus altivos acordes pregomeros, hace que se congregue bajo el porche la gente, para admirar el arte de los titiriteros.

Un tonto, cuya gracia melancólica y triste se refleja en la mueca de su faz demacrada, juega con el ingenio, y, al relatar un chiste, la multitud le aplaude con una carcajada.

Salen luego un chiquillo y una mujer astrosa, un atleta, que mueve con fuerza prodigiosa molés de recia piedra. El instinto bestial

hace rugir al pueblo cuando sobre la arena van la mujer y el niño formando una cadena, emocionante y trágica, con el salto mortal...

José de la VEGA GUTIERREZ





# El Calentador de la Dicha



HACE ya mucho, mucho tiempo, vivía tranquilamente en el Japón, en el monasterio de Morinji, que es de los más bellos de la provincia de Kotsuké, un viejo bonzo o sacerdote de Budha.

Este viejo bonzo gustaba grandemente de preparar el té según el ceremonial complicado y antiguo que llaman del *Chanoyu*; y, en verdad, era el placer mayor que podía él procurarse en su vida.

Un día, callejeando, porque también gustaba a veces de callejear, descubrió en la tienda de un vendedor de hierro viejo un calentador de té que debía tener siglos, muy manejable y de artística hechura. Se decidió a comprarlo, y corrió a su casa, contento por la adquisición.

Al día siguiente sacó el bonzo el calentador del armario en que lo había escondido celosamente, lo puso a su lado, y le dio vueltas y más vueltas en todos sentidos, contemplándolo con alegría y acariciándolo.

—Es precioso, precioso de veras—murmuraba el complacido bonzo—; es el calentador más bonito que puede verse, digno de calentar el té del emperador. Indudablemente, he sido favorecido con una ganga, y he de invitar a todos mis amigos al *Chanoyu*; seguro estoy de que grande habrá de ser su sorpresa cuando miren mi calentador, el más primoroso del Imperio...

Así se expresaba el anciano bonzo; y, para poder examinarlo más a sus anchas y admirarlo mejor, colocó su tesoro sobre la caja que lo había contenido; después, mientras que se extasiaba y mientras reflexionaba al medio más propio de convidar a sus amistades, se adormeció ligeramente; su cabeza pelona saludó a la mesa, con leves sobresaltos, sus párpados graves se cerraron, y después, en fin, se durmió con profundo sueño.

El calentador, ¡oh prodigio!, comenzó a moverse. Y de su gollete salió una cabeza peluda, se deslizó una sedosa cola por el otro lado; luego, surgieron cuatro patas, una piel fina pareció cubrir poco a poco todo el calentador..., y el conjunto se puso a saltar y a correr atolondradamente por la cámara, exactamente como hubiera hecho un tejón, con la diferencia de que un tejón no sirve para calentar el té.

La balahola que, como es de calcular, estaba armando aquel bicho de hierro, llamó la atención de tres boncitos o seminaristas, que estudiaban los libros santos en la habitación próxima; uno de ellos hizo correr la puerta en su ranura, y ¡cuál no sería el asombro del joven cuando vio al calentador danzar en cuatro patas y ejecutar una cabriola de las más audaces, una especie de triple salto mortal, que en otro sitio hubiera merecido la ovación más estrepitosa!...

Comenzó a gritar: —¡Oh, qué horrible, qué horrible! ¡Por Budha! ¡Ved el calentador ése convertido en tejón!

—¿Qué?—preguntó el segundo estudiante. —¿Vais a decir que el calentador se ha convertido en tejón? ¡Disparate!

Diciendo esto, llamó al otro compañero, se puso a mirar. Pero retrocedió, estupefacto, y rompió en voces de terror: —¡Es el diablo, el diablo en persona!—

—¡Salvémonos, salvémonos!—chillaba. El tercer aprendiz de bonzo se asustó menos fácilmente, y opinó:

—Para broma, es una buena broma. Dentro de ese chismarraco, más viejo que mi tatarabuelo, sin duda, algún chusco ha metido un bicho.

Se fijó detenidamente, y añadió:

—Por más que todo él entero es como un bicho... ¡Budha! ¡Cómo brinca, cómo bailotea ese calentador del demonio! ¡Zas, plas... ta!... ¡Qué bárbaro!... Voy a despertar al superior para que él lo vea.

Penetró en la estancia, y sacudió al santo varón, exclamando:

—¡Cuán locos estáis, muchachos!—profriró el religioso—. ¿Qué historias habéis venido a contarme? ¿Mi calentador no está aquí, lo mismo que hace poco, encima de su caja? Yo sé de trompos a los que han puesto alas y han hecho volar; mas nunca he oído decir que hubieran puesto patas a un calentador de té, y que este chisma hubiera paseado de acá para allá. De modo que no me vengáis con cuentos chinos...

Sin embargo... el anciano monje no

—¡Ah, pícaro!—clamó—. Vamos a ver ahora si eres viviente o eres cosa muerta.

Y se puso a tundir el armatoste a golpes redoblados. Mas el calentador no dió señal de vida, y se limitó únicamente a sonar: ¡clán, clán!...

Por todo esto, el bonzo se apesadumbró de haber comprado aquel calentador de mal agüero, y pensó seriamente en desprenderse en seguida de él.

—¿A ver...? Ahí viene el hombre que me hace falta—pensó, divisando al calderero del lugar, quien pasaba en aquel momento por delante del monasterio, pregonando: «El calderero, el calderero; aquí está el calderero!»...

Salió el bonzo a la puerta, siseó varias veces y acudió el hombre. Muy pronto quedó hecho el negocio, porque el anciano monje no se mostró exigente, con la impaciencia que tenía de deshacerse del trasto enfadoso. ¡Le pareció mentira cuando se vió libre de él! Y dijo interiormente: «Anda, calderero; vas a tener baile en tu casa... Como si te hubieras casado esta mañana, vas a tener baile para rato»...

El calderero se fué muy satisfecho, y se dirigió a su domicilio.

Antes de acostarse, quiso echar una última ojeada a su compra; la halló muy de su gusto, y se durmió luego, contento de sí.

Descuidadamente reposaba, cuando, de pronto, un ruido raro le hizo incorporarse en el lecho. Miró a su entorno, escuchó atentamente y no se percató de nada anormal.

—¡Ah, bah—dijo—; he soñado! ¡A dormir otra vez! Sueña uno verdaderos desatinos.

Y se volvió a dormir. Pero nuevamente comenzó el mismo ruido...

Y no había duda, alguien llamaba: —¡Calderero, calderero! ¡Levantáos, levantáos!

Ya esta vez, completamente despabilado, vió el calderero que su calentador tenía cabeza, pies y piel de tejón, y que corría por la alcoba.

Confuso, el calderero gritó: —¡Un duende, un duende!

—Tranquilizaos, mi buen calderero—dijole el calentador, sonriente—; yo no soy un trasgo, sino tan sólo un calentador maravilloso. Mi nombre es *Bumbuku Chagama*, y llevo la dicha a los que me tratan con bondad. Naturalmente, no me gusta que se me ponga al fuego; no quiero ser otra vez tratado como en el monasterio.

—¿En qué puedo seros, pues, agradable, señor de *Bumbuku*?—preguntó el calderero, respetuoso—. ¿Debo meteros en una caja?

—Nones, nones. Quiero comer golosinas, beber de vez en cuando un poco de saké, de vinillo añejo, lo mismo que vos, mi buen calderero. Conque, ¿accedéis a guardarme en vuestra compañía y nutrirme como os lo pido? Pero no deseo ser para vos una carga, y trabajaré.

Aceptó el calderero. Al otro día, por la mañana, organizó un festín en honor de *Bumbuku*.

Este tomó entonces la palabra, y dijo:

—En realidad, yo no soy un calentador como los otros, un calentador insignificante; que soy una cosa de maravilla. Si queréis creerme, llevadme con vos,



—¡Maestro, despertaos, pronto! ¡Sucede una cosa extraordinaria!

—¿Qué es ello? Decid...—inquirió el viejo monje, frotándose los ojos y muy disgustado de que le hubiesen arrancado de su sueño beatífico—. ¡Ah, diantres, qué estriando movéis!

—No es para menos, reverendo señor—respondieron los boncitos—, porque lo que ocurre es increíble. ¡Mirad, mirad, maestro: ved ahí vuestro calentador, que tiene patas, rabo, pelos, y trisca por la cámara!

—¿Qué decís, qué decís? ¿Que el calentador tiene patas, rabo, pelos, ojos, bigotes? ¿Cómo es eso? ¡Veamos, veamos!

Pero mientras el anciano se levantaba, el calentador había recobrado su forma primitiva, y se mantenía quieto, como antes, descansando sobre su caja.

había quedado tranquilo completamente, después de la alarma que manifestaron los discípulos, y todo el día estuvo acordándose de la extraña aventura.

Cuando hubo llegado la noche y se encontró solo, tomó el calentador, lo llenó de agua y lo dejó al fuego para que el agua hirviese. Tenía ganas de hacerse un poco de té.

Mas, cuando el agua comenzó a bullir, el calentador púsose a gritar:

—¡Ay, ay! ¡Qué calor hace!...

Y dióse a saltar sobre sus patas fuera de la lumbre.

—¡Socorro, socorro...!—chilló el bonzo, aterrizado.

Los discípulos acudieron, mas ya el calentador había readoptado su apariencia ordinaria y su quietud.

Entonces, uno de ellos, asiendo un palo:



hagamos expediciones por el país y mostradme a la gente en las ferias. Yo ejecutaré movimientos vistosos y sorprendentes, y vos me acompañaréis cantando y tocando alguna música.

El calderero, que era un sujeto complaciente con los cacharros con patas y con todo el mundo, siguió este consejo, y le fué muy bien. Instaló un teatro, que tituló «Teatro de Bumbuku Chagama».

Sobre él ondeaban multicolores banderines, y una multitud boquiabierta se agolpaba y agitaba a la entrada.

Dentro, el calentador hacía portentos. Saludaba con gracia, danzaba en una cuerda tirante, blandiendo un quitasol, encima del cual jugueteaban tres bolas; divertía con mil piruetas a cual más lúrida y estrambótica; en fin, maniobraba con tan bellos y originales giros, que los espectadores quedaban pasmados y acudían cada vez en más crecido número. Pronto el fantástico calentador aquél, payasesco y absurdo, tuvo un éxito enorme, y su fama se extendió hasta muy lejos; tan lejos, que de todas partes acudían personas para verlo y celebrar sus habilidades con ruidosos aplausos.

Los príncipes y las princesas también se deleitaban con este espectáculo fuera de lo corriente; y el calderero y su compañía fueron llamados a la corte, donde igualmente dejaron admirados a los más altos personajes del Imperio.

El ex calderero feliz hizo de fortuna; fácilmente reunió tanta ganancia, que se retiró de los trabajos, para saborear un reposo bien merecido.

Mas quiso que su fiel calentador compartiera su felicidad y descansara. Se recluyó, pues, con él y con todas sus riquezas al monasterio de Morinji, y colocó a Bumbuku en el santuario, donde el calentador se encuentra todavía, y donde es, según se refiere, adorado como divinidad por una muchedumbre de piadosos peregrinos.

En el país del té no es extraño que se venere a un calentador y que se haya hecho de él un ídolo.

Adaptación de  
José BRUNO

## IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

# LA ROMA CESÁREA

Así como la basílica de San Pedro es el monumento capital de la Roma cristiana, el Coliseo es la reliquia suprema de la Roma pagana. Abandonémoslos, por unos instantes, a la sugestión de esa mole, cuya inmensa brecha acentúa poderosamente su riqueza fantástica, como un torso de luchador mutilado por los siglos.

Esta contemplación confirma las intuiciones que el Foro y el Palatino nos sugirieron sobre el tránsito del clasicismo helénico al romano. La norma griega fué esencialmente estática; la romana, dinámica. Aquella tendió a plasmar en la materia las nociones eternas; ésta quiso eternizar los momentos; su último afán consistió en la divinización de la fuerza, y, por tanto, del poder político y de los hombres que lo asumieron. Aquella procedió de arriba abajo; su ideal podría llamarse «teofanía antropomórfica», o tránsito visible de los dioses bajo las formas humanas. El arte romano, inversamente, culminó en la «apoteosis» o divinización de los héroes y de los fuertes.

Toda la vida civil de Roma está impregnada de ese sentido. ¡Cómo se siente la presencia formidable de la fuerza, divina y cruel, cruel por ser extrahumana, bajo los muros del Coliseo! Es el templo de la santa Dinamía, el monumento a la victoria de los hombres sobre el Tiempo, por la deificación de los gestos hercúleos y el desprecio de la Muerte, que aquí venía como una fiero, aherrrojada, sumisa, envilecida por el cautiverio, como un dogo fiel, a lamer los pies del César y de su Pueblo y a ofrecer en espectáculo su fiereza. Comparemos el sentido de las fiestas públicas en Grecia y en Roma. A un lado quedaría, como visión, el friso inmortal de las Panateneas, o el coro aristotefánico de las Tesmoforias. Al otro lado tendríamos el triunfo de un César y los juegos del Circo. De un pueblo al otro media una rotación total del sentido trágico. En Grecia, la lucha de los héroes con las fuerzas enemigas tiene un valor de exaltación de la voluntad, en que la sangre del sacrificio es una forma simbólica. En Roma, esos elementos idealistas han degenerado hasta el realismo, se han contaminado de carne y tierra; la sangre, el dolor y la muerte adquieren valor por sí mismos, no como sugestión de energías espirituales, y son presentados como cebo

de lobos sobre la arena espectacular. La leche matriarcal de la Loba no nutrió en vano a los dos gemelos, separados luego por el fratricidio.

Bajo los arcos triunfales pasó, un día, el cortejo de los imperatores victoriosos. Ese honor sólo podía ser concedido a la victoria cruenta; para los vencedores incruentos quedaba sólo la ovación. Los prisioneros encadenados eran formas de víctimas sobre el altar de los cesáres. En otro aspecto, el anfiteatro era también de generación plebeya de un primitivo sentido sacrificial. Lo que en el teatro era símbolo, y por tanto ideal, en el anfiteatro era realidad. El vino de Dionisos tornaba a ser sangre, y la pasión, dolor. No es extraño que, por correspondencia inversa a esa divinización negativa, a esa adoración del Mal, resto ambiguo de olvidados cultos infernales, las víctimas cristianas acudiesen gozosas al suplicio como a una coronación, y lo proclamaban martirio, esto es, atestiguamiento sagrado de su fe, y que en sus manos vibrase, invisible, la palma de los triunfadores.

No muy lejos del Coliseo, más allá de la Puerta Capena, levántanse los restos de las Termas de Caracalla. No hay en Roma vestigio más elocuente, como testimonio del concepto material de la vida, degeneración falsificada del epicureísmo. Estas arcadas en ruina cobijaron el verdadero templo elevado a la gloria del cuerpo humano. Lo que fué pura norma estética en los gimnasios y en los estadios helénicos, llegó a ser molición y voluptuosidad en el *tepidarium*. La Roma imperial tiene su manifestación extrema en estas ruinas, cuyos despojos de mármol y bronce dieron materiales a la pompa cristiana de iglesias y palacios.

El Coliseo; la Tumba de Adriano, hoy Castillo de Santángelo; las Termas de Caracalla; estas son las persistencias de la Roma imperial, término opuesto al clasicismo primitivo. El Coliseo, construido por los Flavios, representa, sin embargo, un retorno momentáneo de la vieja sobriedad, aunque fué Tito, conquistador de Jerusalén, quien abrió la puerta a la invasión plena del orientalismo semítico. La *Moles Hadriani* rememora un emperador enamorado de ese espíritu oriental, y su mausoleo tiene algo de pirámide.

Las Termas de Caracalla desbordan ya toda la plenitud asiática y sugieren, por contraste, las antiguas protestas del espartanismo latino contra la ufanía romana: la protesta de Catón; las alarmas de Cicerón contra Dolabella y contra la corrupta sociedad veraniega de Baias; las fulminaciones de Juvenal. Nunca se interrumpió en Roma la tradición de los orígenes austeros, la ascendencia rigidamente republicana. Hubo siempre dos estirpes luchando entre sí, como si hubiesen heredado el odio fraterno de los Fundadores.

La santuosidad de esa Roma, su sentido cruento de la ciudadanía y de la vida pública, suscitó, como compensación, las Catacumbas. El propio orientalismo plebético que adulteraba su vieja sobriedad clásica, preparaba, en otro sentido, la futura Roma cristiana. Como una polilla destructora, en la base de los palacios pululaba una germinación de plebeyos y esclavos que socavaría los cimientos augustales. Las Catacumbas fueron, a su manera, el nuevo Aventino. Acaso muchos de esos plebeyos trabajaron en la erección del Coliseo y vertieron después su sangre sobre la arena de aquel ruedo, como espectáculo ofrecido a las turbas cesáreas. Pero esa sangre fué el bautizo de Roma...

Noche de luna sobre Roma. Hemos ido al Coliseo. La proyección de su gran mu-

ro nos ampara. En esta hora evocativa el Coliseo es, en todo el valor de la palabra, una gran sombra. ¿Es en realidad luz de luna esa claridad que diseña sobre el suelo sagrado la forma derrocada de su mole? ¿Es una aureola formada por su historia y su leyenda? ¿Es el resplandor de su propia grandeza sangrienta, o bien el de la corona luminosa de los mártires que en su recinto perecieron? La arena tiene, a estas horas, vagos tonos carmines... ¿De púrpura? ¿De sangre? Esa incertidumbre, en la majestad del coloso, es su mayor prestigio. Ostenta la ambigüedad sagrada de una doble unción: la de sus victimarios y la de sus víctimas. Toda Roma, tras de nosotros, es un inmenso *Spoliarium* de siglos y generaciones...

Acude a mi memoria un pequeño libro, casi contemporáneo de la erección de ese circo: el libro *De spectaculis*, de Marcial. ¿Cómo pudo resolverse en tan extraña forma, a través de la visión de ese poeta, el espectáculo que en nosotros produce una sugestión de estremecimiento y horror? De ese poeta a nosotros media el tránsito entre dos humanidades; pero ¿caso ha desaparecido totalmente en nuestro mundo el sentido espectacular de la sangre y de la muerte? ¿Acaso el cristianismo no lo heredó y aun, en cierto modo, lo exacerbó? ¿Acaso las víctimas no fueron luego, a su vez, victimarios? Roma, inagotable en valor monumental, nos lo mostrará.

Gabriel ALOMAR

## LA VIDA RINTORESCA

# FULANO, SABE VIVIR

FULANO, sabe vivir. Esto, apreciable lector, lo has oído infinitas veces, y lo han oído tu mujer, y tu cuñada, y la portera, y hasta un tío que tienes fuera de Madrid y que viene a la corte de vez en cuando. Fulano, sabe vivir. ¿Y en qué consiste la sabiduría de ese Fulano? Ahí está el *quid*, que decimos los latinos o la madre del mouton, como aseguramos los que también poseemos el francés.

Fulano, por regla general, es un ciudadano que, harta de reñir descomunales batallas con los *bisteques* y las patatas fritas, por presentarse estas cosas en estado verdaderamente indomable, decide lanzarse pecho al agua, con camiseta o sin ella, según la época, y sacar partido de cuantas cosas le rodean. El saber vivir viene a ser algo así como sentirse un descuidado y aprovecharse del menor descuido de sus contemporáneos para asegurarse, primeramente, lo necesario, y después, lo superfluo.

—Hace tiempo que no viene por aquí Ansuez.

—Le ha salido un grano en el cogote y permanece en casa cuidándolo más que si fuese un rosal de Alejandria.

Los contertulios de Ansuez lamentan el grano y pasan a tratar de otro asunto; pero el que sabe vivir toma buena nota, como se dice en los B. L. M. de contestación a las recomendaciones, y al siguiente día ya está en casa del *granificado*, informándose acerca de su estado con más interés que si tuviera que heredarle.

—Oí en el café esto del grano, y aquí me tiene usted por si necesita algo, bien sea ponerle un parche o hacerle alguna diligencia en la calle.

Y, bajando la voz, se acerca al oído del paciente y añade:

—Si tiene usted algún lío o cobrar algo que no quiere usted que se entere su familia, aquí estoy yo.

Sucede, a veces, que, efectivamente, el poseedor del inoportuno grano ha dejado pendiente un arroz con pollos en la Bombilla, u otra tontería alimenticia cualquiera, y no quiere quedar mal con la artista que iba a ayudarlo al degluten, y se confía a Fulano. ¡Ya está lo que éste deseaba! Se apodera del secreto, le arregla el asunto, ve a la artista, le pinta el estado de Ansuez poco menos que como si acabase de sufrir, una cogida de un toro de Palha, y cuando Ansuez vuelve a la vida, ha quedado tan reconocido a la intervención de su amigo, que éste sólo tiene que abrir la boca y pedir, para ser complacido.

De este modo, el que sabe vivir, puede llegar hasta a ocupar una posición política preeminente. Todo es cuestión de que el del grano y el del arroz con pollos tengan influencia y halle Fulano la ocasión de solicitar su apoyo, que lo demás viene solo.

En este mundo, y suponemos que en el otro también, lo que hace falta es tener vista de águila para encontrar el momento débil de la peseta y poder llevarse entonces.

¿Quién no tiene un amigo que en un instante determinado se halle en posesión de unos cuartejos? Pues ahí está el toque: aprovechar la flaqueza de nuestro prójimo y proponerle un negocio estúpido.

—Usted, en vez de emplear ese dinero en papel del Estado, cosa peligrosa, dado el espíritu de inquietud que existe en todas las naciones, debe emplearlo en algo substancioso.

—¿Substancioso? ¿El qué?

—La industria de la avellana, tostada y acaramelada, por ejemplo.

—¿Y cree que de eso se saca algo?

—Desde luego, una sed rabiosa, de la que usted se aprovecha vendiendo al propio tiempo agua del Lozoya en botellas lacradas. El negocio es estúpido.



Se monta la industria; el consejero se coloca de gerente del negocio, y lo demás va *todo solo*, como dicen los aficionados al galicismo. A la gente puede que no le dé por chupar avellanas acarameladas; pero él, como sabe vivir, se pone las botas.

Este es el secreto de muchos a quienes vemos triunfar, como si tuvieran siempre el as, el tres y las cuarenta en la vida; el por qué de muchos *renards* que cuelgan de cuellos femeninos, y lo que justifica la absoluta necesidad de que haya bartolillos de crema y tanguistas para los que gustan de gastar el dinero en ambas cosas apetitosas.

Sabiendo vivir, se obtiene todo: desde un vale de teatro a un alto destino oficial. De los que saben brujulear por el mundo es el paraíso. ¿Qué digo el paraíso? ¡El patio de butacas entero!

A. R. BONNAT

## EL VIEJO CRONOS

VINO a mi consulta un día. Era menudo como un gnomo con barba de algodón. Lo que más resaltaba en él eran las manos, las blancas manos pulidas, llenas de sortijas, sus mejillas sonrosadas de muñeco y sus ojillos azules y alegres.

Hablaba con trabajo. La disnea no le dejaba hablar con la verbosidad que hubiese querido, una verbosidad que se adivinaba en los movimientos ágiles de sus ojos vivos y alegres. Parecía un enanito de cuentos de hadas.

Estuve reconociéndole el pecho, lleno de pitos, y todo el tiempo que duró mi interrogatorio las pupilas azules no se apartaron un momento de un viejo reloj de pared, grandote, que estaba muerto y como embalsamado dentro de su tallada caja de caoba.

Le impuse a mi paciente un tratamiento, y le dije que viniese a verme al siguiente día.

Cuando salía de mi gabinete, aquel viejecillo le echó una mirada, penetrante como un estilete, a mi reloj parado.

Al día siguiente, vino de nuevo el viejo, con su tosecilla y su voz ronca, haciendo inspiraciones profundas para poder hablar.

Le noté nervioso, y le pregunté que si estaba peor de su enfermedad.

—No ha podido dormir en toda la no-

che—me dijo—. No he tenido en mi cabeza más que el recuerdo de ese pobre reloj parado.

Y al proferir estas palabras, sus ojillos se clavaban en el reloj de pared, que seguía imperturbable en su mutismo.

Yo me eché a reír. Aquel reloj jamás había andado. Yo siempre le conocí mudo y sordo, momificado dentro de su historiado ataúd de caoba.

Así se lo dije al buen hombre; pero él me replicó, más que con sus palabras, con sus inquietos ojos azules:

—Yo le haré despertar. ¡Soy tan aficionado a la relojería... y tengo tanta paciencia!

Consentí en que mi enfermo se dedicase a escudriñar en la maquinaria del inútil armatoste.

Y así, todos los días, después que yo terminaba mi trabajo, entraba mi amigo en el gabinete, se subía en una escalera y brujuleaba dentro de la máquina del reloj con sus manos ensortijadas, pequeñas como las de una niña. Limpiaba las espirales, engrasaba los tornillos y las ruedas dentadas, quitaba y ponía las piezas con un esmero prolijo.

Los niños de mi casa entraban en el consultorio y se reían del gnomo relojero, que se había empinado en arreglar lo que no tenía arreglo.

Casilda, la mayor, traviesa y marisabidilla, dió con el mote. Desde entonces, los niños le dijeron al viejo «el viejo Cronos», porque, sin duda, aquel hombreillo sería el amo y señor de todas las horas y todos los minutos.

El viejo Cronos gozaba mucho con los niños. Pronto simpatizó con ellos. Se reía tanto de las diabluras de los traviesos muchachos, que muchas veces tenía yo que reñirle, porque aquellos retozos terminaban casi siempre en un acceso de tos.

Unas veces se dejaba tirar de las barbas, y otras les apaciguaba contándoles cuentos de enanitos parecidos a él.

Un día, estando yo en el laboratorio inyectando conejillos de Indias, entraron chiquillos gritando; traían al viejo Cronos a empujones. Venían a darme la buena noticia de que el reloj estaba andando.

Mientras, el enfermo había ido, poco a poco, curándose. Ya estaba bien de su

bronquitis, y sus ojillos reían, en tanto la respiración normalizada le dejaba hablar con una verbosidad andaluza y alegre.

Una mañana me avisaron con urgencia. El viejo Cronos estaba muy grave. Al llegar a casa de mi amigo, me salió al encuentro su hija, que, llorosa, me suplicaba:

—¡Sálveme usted a mi padre! Usted le dará la salud, ¡Sálvele usted!

Me contó que estaba su padre tomando el desayuno, cuando le notó una gran palidez. Sus mejillas sonrosadas de muñeco se habían quedado del color de la cera. Poco después caía de la silla, rígido, frío, sin poder apenas articular una palabra. Y allí estaba... Ella creía que se moría, y me suplicaba que lo sanase, con los ojos llenos de lágrimas.

Allí estaba el pobre viejo Cronos tendido en la cama, rígido, cianótico. Acarqué mi fonendoscopio al pecho y quise en vano encontrar los latidos del corazón. Aquel engranaje se había parado ¡y para siempre!

Volví a casa todo consternado. Conté a mi familia la muerte del gnomo relojero.

Los niños se entristecieron mucho, e instintivamente corrieron al consultorio.

Volvieron pálidos, casi llorando, a decirme que el reloj se había parado a la misma hora en que murió el viejo. ¡Y también para siempre!

Rogelio BUENDIA



Aspecto que ofrece la artística y modernísima portada del magnífico BAR REGIO, sito en la Carrera de San Jerónimo, y cuya apertura ha constituido un verdadero acontecimiento.

### EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.  
Librería, Caballero de Gracia, 28.

Acaba de ponerse a la venta la edición definitiva de

### “Pelayo González”

el admirable libro de

### A. Hernández Catá

el ilustre autor de *La muerte nueva*, *Una mala mujer* y *El placer de sufrir*, grandes éxitos de esta Editorial.

PEDIDOS:

— APARTADO 502 —

## “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

### LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12  
TELÉFONO M 17-85

### TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

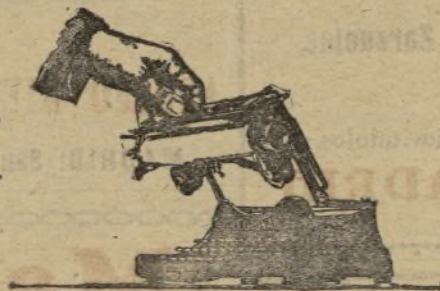
ALFONSO FUENCARRAL, MADRID  
FOTOGRAFO  
TOLEDO 63, MADRID

## CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como

— un libro —



Sólo cuesta

500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter C.<sup>a</sup> Groton  
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID



edias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).

Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

### Droguería, Perfumería, Colores FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)

SUCESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA

Primera casa en barnices, esmaltes

y purpurinas de todas clases

Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

### Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

Esquina a Barquillo



# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



# DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables  
modernos



DISCOS  
de  
Salud Ruiz

Ofelia  
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

**FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID**

**MOTOCICLETAS**

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

**ALVAREZ HERMANOS**

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

**NERVIOSINA DE T. GONZALEZ**

Se vende en farmacias

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

# PHILIPS

## "ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR  
REPARTIDO  
MÁS  
MODERNO

LUZ

MÁS  
Suntuosa  
MÁS  
DECORATIVA



Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

# Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60